dequiera, pero no pude encontrar uno nuevo, pues han dejado de fabricarlos y sólo existen algunas imitaciones que se usan como adorno entre otras chácharas inservibles. Traté de sacar uno de algún museo, pero me enteré horrorizado de que todos eran imitaciones y no había ninguno auténtico.

—Perdón, compadre, ¿qué es un museo?

—¡Ah, eso. . . ! Pues te diré, Macario, son grandes salas que en muchos países europeos tienen los gobiernos para exhibir todo lo que han robado de otros países o que se han llevado como botín de guerra de los pueblos vencidos. En algunas naciones de América los tienen para que malos funcionarios tomen lo que les gusta y se lo lleven a su casa.

Dejó de hablar durante algún rato, olvidándose del tema de su conversación, entretenido en saborear un bocado de carne blanca. Al cabo de la pausa, continuó:

—¿En qué íbamos, compadre?

—En los museos. En que todos los relojes de arena que había en los museos eran falsos. Puras imitaciones.

—Cierto. Así, pues, me encontraba sin un buen reloj de arena. Pero la buena suerte volvió a mi lado. Sucedió que poco tiempo después visité a un capitán que se hallaba sentado en su cabina mientras su barco se hundía y la tripulación, a salvo en los botes, se alejaba remando. Aquel capitán, como todo buen capitán británico, se hundía con su barco, haciendo las últimas anotaciones en el libro de bitácora. Cuando me descubrió parado a su derecha me dijo: "Bien, señor, parece que ha llegado mi hora." "Así es, capitán", confirmé, sonriendo para hacerle el trance menos pesado y para que olvidase a los que dejaba. Entonces miró su cronómetro y dijo: "Señor, solamente pido que me conceda quince segundos más para escribir las últimas líneas en mi diario." "¡Concedido!", repuse yo. Y él se sintió feliz de poder escribir la hora exacta, que era lo que le faltaba. Entonces yo,

viéndolo tan feliz, le pregunté: "Dígame, capitán, ¿Querría usted darme su cronómetro?; creo que podrá prescindir de él ahora que para nada lo necesita. A bordo del barco que guiará de ahora en adelante, el tiempo carecerá de importancia. Se lo pido, porque habrá usted de saber que mi reloj de arena fue deshecho por la bala de un cañón británico y creo justo obtener a cambio de él un cronómetro inglés".

—Ah, entonces cronómetro le llaman ustedes a un relojito de esta clase. No sabía eso tampoco —interrumpió Macario.

—Sí —dijo su acompañante, sonriendo con sus dientes desnudos—. La única diferencia es que un cronómetro es cien veces más exacto que cualquier reloj común. Bueno, compadre. ¿Dónde íbamos otra vez?

—En que le pidió usted al capitán del barco su cro. . .

—. . . nómetro, correcto. Bueno, y así cuando le pedí que me diera ese precioso reloj, él me explicó: "Vaya, no podía usted pedirme nada mejor, ya que ese cronómetro es de mi propiedad particular y puedo hacer con él lo que me plazca. Si perteneciera a la compañía naviera me vería precisado a negarle ese compañero tan útil. Está perfectamente ajustado. Precisamente unos días antes de iniciar este viaje, lo mandé arreglar, y le aseguro a usted que puede tener plena confianza en esa maquinita preciosa, una confianza cien veces mayor de la que pudiera tener en su antiguo reloj de arena."

"Inmediatamente cogí este aparato fino y abandoné el barco que se encontraba ya totalmente cubierto por las aguas. Bueno, así es como llegué a hacerme con el cronómetro, olvidando el viejo reloj de arena de otros tiempos. Y he de decirle a usted, compadre, que este artefacto inglés trabaja tan a la perfección que desde que lo tengo no he llegado tarde a ninguna de mis citas. ¡Es uno de los tantos favores que le debe la humanidad a los ingleses! En tanto que antes, más de un sujeto, para quien el ataúd o la canasta o el costal habían sido ya preparados, se me escapaba. Y eso de escaparse así resulta mal negocio para todos y especialmente para mí, pues con ello mi reputación se lesiona. Pero ya no volverá a ocurrir

jamás"

Así conversaron, bromearon, rieron y juntos se sintieron tan alegres como viejos conocidos que se encuentran después de largo tiempo de no verse.

CAPILLA ALFONSINA
UANL
LIBRO ALQUILADO

VII

Sin duda el huésped de Macario gustó del pavo, pues tuvo un sinfín de alabanzas para la buena mujer que lo había cocinado tan bien.

De vez en cuando quedaba como fascinado por el encanto de aquella excelente comida y trataba de humedecerse los labios ausentes con una lengua que no tenía.

Macario, sin embargo, sabía interpretar aquel gesto y entendía por él que su acompañante estaba satisfecho y se sentía contento a su manera.

—Antes que yo llegara tuviste otros dos visitantes, ¿verdad? —le preguntó en el curso de su conversación.

—Cierto. ¿Cómo lo sabe usted, compadre?

—Yo tengo que saber todo lo que ocurre en el mundo. Porque has de saber, Macario, que en cierta forma, yo soy el jefe de la Policía secreta de... de... bueno, tú sabes a quien me refiero, porque el caso es que no me está permitido mencionar su nombre. ¿Reconociste a esos dos visitantes?

—Desde luego, o ¿cree usted acaso que soy un hereje?

Su huésped continuó:

—El primero era ése que tantas dificultades nos causa, el Demonio.

—Ya lo sabía —dijo Macario convencido—. Ese tipo puede presentárseme bajo cualquier disfraz, el que guste, que de todos modos lo conozco. En esta ocasión trató de engañarme, presentándose vestido como un charro, pero cometió algunos errores en su disfraz, como pasa a todos los que no son auténticos, por eso no me fue difícil descubrir que era un falso charro, un impostor.

—¿Por qué, entonces, sabiendo quién era no le diste un pedacito de tu pavo? Tú sabes que él puede causarte muchos daños.

—A mí no, compadre, yo conozco bien sus mañas y lo que él quería era atraparme. ¿Por qué había yo de darle parte de mi pavo? Claramente se veía que era rico, pues ostentaba tanto dinero, que hasta lo llevaba cosido en los pantalones por fuera. Así, pues, si hubiera querido, habría podido comprar no un pavo, sino media docena de pavos asados y dos puercos al horno en la primera posada del camino. Por eso no le hacían falta ni una pierna ni un solo alón de mi pavo.

—El segundo visitante era. . . bien, tú sabes a quién me refiero. ¿Lo reconociste, verdad?

—Desde luego, ¿acaso no soy cristiano? Lo habría reconocido en cualquier parte. Sentí mucho tener que negarle un pedacito, porque fácilmente se veía que tenía mucha hambre y necesitaba con urgencia algún alimento. Pero ¿quién soy yo, pobre pecador, para honrarme dando a Nuestro Señor un trocito de mi pavo asado? Su padre posee todo el mundo y es dueño de todas las aves, porque él lo hace todo, y puede dar a su hijo cuantos pavos desee. Además, Nuestro Señor, capaz de alimentar con dos peces y cinco piezas de pan a cinco mil personas hambrientas, en una sola tarde, satisfaciendo su hambre y quedándole además una docena de sacos llenos de migas y sobras, bien puede con una delicada hojita de pasto alimentarse si realmente tiene hambre. Por ello habría yo considerado un gran pecado darle una pierna de mi pavo. Además, el que puede con una sola palabra cambiar en vino el agua, puede asimismo hacer que esa hormiguita, que corre por allí llevando a cuestas una miga, se convierta en pavo asado con todo el

relleno y los aderezos necesarios. ¿Quién soy yo, pobre leñador con once hijos que alimentar, para humillar a Nuestro Señor, haciéndole aceptar de mis manos de pecador una pierna de mi pavo asado? Yo soy un hijo fiel de la Iglesia, y como tal tengo que respetar el poder de Nuestro Señor.

—Vaya filosofía, compadre —dijo el desconocido—. Puedo asegurarte que tienes una mente sana y que tu cerebro funciona perfectamente en lo que se relaciona con la protección de lo que es tuyo.

—Nunca me había dicho eso nadie, compadre —dijo Macario.

—Lo único que me intriga ahora es tu actitud hacia mí —dijo el visitante, limpiando el hueso de un alón con sus recios dientes—. Lo que quiero decir es que. . . bueno, ¿por qué me diste la mitad de tu pavo cuando solamente unos minutos antes habías negado hasta un alón al Diablo y a Nuestro Señor.

—¡Ah! —exclamó Macario, subrayando con un ademán su exclamación—, eso es diferente. La cosa con usted es distinta por una razón: yo soy humano y sé lo que es el hambre y lo que es sentirse morir de necesidad. Además, yo nunca he sabido que usted tenga poder para crear o transformar alguna cosa. Usted no es más que un servidor obediente del Supremo Juez. Tampoco tiene usted dinero para comprar algo, porque ni siquiera tiene bolsillos en su traje o lleva algún morral consigo. Es cierto que he tenido el mal corazón de negar a mi mujer un bocado del pavo que ella preparó para mí con todo su amor. Tuve el mal corazón de hacerlo porque siendo delgada como es, no se ve ni en una pequeñísima parte tan hambrienta como usted. Tuve voluntad suficiente para no darles a mis pobrecitos hijos, siempre deseosos de comer, algunos bocados de mi pavo, porque a pesar de lo hambrientos que están, ninguno está ni en una pequeñísima parte tan hambriento como usted.

—Vamos, compadre, vamos —dijo el huésped, haciendo visibles esfuerzos por sonreír con los labios que no poseía—. No le des tantas vueltas al asunto. Eres en verdad muy ingenioso. Pero dime la verdad, no temas lastimarme. Tú dijiste, cuando empezaste a hablar, que atendiendo a una razón me habías convidado. Ahora dime, ¿cuál es la otra?

—Bien, compadre —contestó Macario—. En cuanto le vi comprendí que no me quedaba tiempo de comer ni una sola pierna y que tendría que abandonar el pavo entero. Cuando usted se aparece ya no da tiempo de nada. Así, pues, pensé: "Mientras él coma, comeré yo", y por eso partí el pavo en dos.

VIII

El convidado miró a su anfitrión con sorpresa retratada en las profundas cuencas abandonadas por los ojos, sonrió y estalló después en una carcajada cordial, haciendo un ruido semejante al producido por los golpes de un bastón sobre un barril.

—Por el Júpiter, compadre, ¡qué listo eres! No recuerdo haber encontrado otro más listo desde hace largo tiempo y que supiera esquivar tan hábilmente su última hora. ¡Ni siquiera me tuviste miedo! Realmente mereces que yo te seleccione para prestarme cierto servicio, un servicio que hará mi existencia solitaria menos aburrida de vez en cuando. Habrás de saber, compadre, que alguna vez gusto de jugar bromas a los hombres. Bromas que no hieren a nadie y que me divierten haciendo que mi trabajo sea menos monótono, ¿comprendes?

—Creo que sí.

—¿Sabes lo que voy a hacer para compensarte justamente por la comida que me has ofrecido tan generosamente?

—¿Cómo compadre? Oh, por favor, señor, no me haga su ayudante. No haga eso, por favor. Cualquier otra cosa que desee usted, bien; pero que no sea ayudarlo.

—Yo no necesito ayudantes y nunca los tuve. No, se trata de algo bien distinto. Te convertiré en doctor, en un gran doctor capaz de eclipsar a todos esos

médicos y cirujanos sabihondos que tan a menudo me hacen desagradables jugarretas con la idea de ridiculizarme. Eso es lo que voy a hacer, a convertirte en doctor. Y te prometo que te recompensaré tu pavo un millón de veces.

Al terminar de hablar se levantó, caminó unos veinte metros, miró al suelo, seco y arenoso por aquella época del año, y dijo:

—Compadre, trae acá tu guaje; sí, esa botella que tienes y que parece hecha de una rara calabaza, pero antes tira el agua que hay en ella.

Macario obedeció y se aproximó adonde el visitante lo esperaba. Este dio unos siete golpes con el pie sobre la tierra y se mantuvo quieto durante algunos minutos, al cabo de los cuales brotó de la tierra seca y arenosa un chorro de agua cristalina.

—Dame tu guaje —ordenó el forastero. Se acercó al chorro de agua y llenó el recipiente de Macario, operación para la que se necesitó algún tiempo, porque el gollete del guaje era muy estrecho.

Cuando estuvo lleno, el visitante se arrodilló, golpeó la tierra con una mano e hizo desaparecer el agua. Después dijo:

—Volvamos al sitio donde comimos, compadre.

Una vez más se sentaron juntos en el suelo. El forastero tendió a Macario el guaje.

—Este líquido, Macario, hará de ti el médico más notable del siglo. Una sola gota bastará para curar cualquier enfermedad, y si digo cualquier enfermedad me refiero a aquellas consideradas como incurables, como fatales. Pero entiende y entiéndelo bien, compadre; una vez que se haya agotado la última gota, no podrás obtener ni una más, por lo que el poder curativo que tienes habrá terminado para siempre.

IX

A Macario no le había impresionado lo más mínimo aquel gran regalo y vaciló antes de tomarlo.

—No sé si deba aceptar esto de usted, porque habrá de saber, compadre, que yo he sido feliz a mi modo. Cierto que he sufrido de hambre toda mi vida, que siempre me he sentido cansado y que he tenido que luchar constantemente para mantener a mis hijos. Pero eso ocurre a todas las gentes de mi clase. Aceptamos esta vida, porque fue la que nos dieron, y nos sentimos felices a nuestra manera, porque siempre estamos procurando hacer algo bueno de una cosa malísima y en la que aparentemente no cabe esperanza alguna. El pavo que acabamos de comer era la ambición más grande de mi vida. Nunca mis deseos fueron más allá de un pavo asado con todos sus aderezos para comerlo yo solo, en paz, sin tener alrededor los ojos hambrientos de mis muchachos contando hasta el último bocado que me echara al estómago.

—Pero ahora no pudiste disfrutar de tu pavo completo. Me diste la mitad y en esta forma tu mayor ambición sobre la tierra no se te ha cumplido.

—Pero usted sabe bien, compadre, que yo no podía elegir, tratándose del personaje que me pedía compartiera con él mi comida —dijo Macario con una sonrisa burlona en los labios.

Su huésped le devolvió la sonrisa, o por lo menos trató de hacerlo, admitiendo:

—Tal vez tengas razón, hombre, y tal vez no la tengas. Pero ahora no te hablaré del camino que debiste haber tomado, porque tanto uno como otro podían haber resultado iguales. Pero es el hecho de que me hayas invitado a compartir tu pavo, después de negar un pedacito de él tanto al Diablo como a Nuestro Señor, lo que me hace juzgarte como a un hombre listo, merecedor de la buena oportunidad que nunca tuviste.

Después de meditarlo por un minuto, Macario dijo:

—Si ello le complace y cree además que debe compensarme por la comida, llevaré conmigo el agua. En cualquier forma servirá algún día si mi mujer o alguno de los niños se enferma y no encuentro manera de aliviarlos.

—Perfectamente pensado y bien dicho. Solamente que no debes olvidar que, como todas las cosas en la vida, una vez que comiences tendrás que seguir adelante. No habrá manera de retroceder. Pues cuando cures al primer enfermo llegarán otros que querrán ser curados también. Debes usar una sola gota cada vez. Te verás acosado por los que sufren y no podrás negarte. Conozco el mundo; es el mismo desde que me encomendaron el trabajo que desempeño. Nada ha cambiado y nunca cambiará respecto a la actitud de los mortales. Cuida bien el don que te doy.

Macario escuchaba atentamente todas las advertencias.

Su acompañante continuó hablando:

—Algo más, compadre: recuerda que esta medicina es la compensación por el medio pavo que me diste. Pronto desearás un pavo entero tan ardientemente como lo has deseado durante los últimos veinte años. Porque tu deseo aún no ha quedado satisfecho. Y si deseas comprar otro sin esperar varios años más, tendrás que curar a alguien para conseguir el dinero necesario para comprarlo.

—Nunca había pensado en ello —admitió Macario—; pero necesito tener un pavo para mí solo, pase lo que pase, o moriré como el más desgraciado de los hombres.

—Desde luego, pero después desearás también otras cosas. Todos los mortales desean probar y hacer muchas cosas antes de marcharse de este mundo. Ahora otra cosa, compadre; escúchame bien. Adondequiera que te llamen para que atiendas un paciente, allí estaré yo también. Nadie más que tú podrá verme. Cuando me veas parado a los pies de la cama de tu paciente, concrétate a poner una gota de la medicina dentro de un vaso de agua, haz que tu enfermo la beba y antes de que pasen dos días se habrá recuperado completamente. Pero si me ves parado a la cabecera del enfermo, no te tomes el trabajo de usar la medicina, pues mi presencia en ese sitio será señal de que el enfermo debe morir, sin que importen los esfuerzos que tú o muchos médicos hábiles hagan por arrebatármelo. En ese caso no emplees la medicina que te he dado, porque no harías más que desperdiciarla.

"Debes darte precisa cuenta de que el poder divino de que me hallo investido, esto es, el poder de elegir a los que han de abandonar este mundo, mientras los canallas o los muy viejos han de permanecer aún en él, no es transferible a ningún ser humano susceptible de errar o de corromperse. Por ello la decisión final en cada caso debe quedar en mis manos, y tú tendrás que acatarla y respetarla".

—No lo olvidaré, señor —contestó Macario.

—Sí; más vale que lo recuerdes siempre. Y ahora tengo que decirte adiós. La comida estuvo excelente, exquisita, diría yo si comprendieras el significado de esta palabra. He de admitir que he pasado un magnífico rato en tu compañía. El medio pavo que me has brindado restaurará mis fuerzas para otros cien años. Ojalá que cuando vuelva a tener la urgencia que tenía ahora, vuelva a encontrar un anfitrión tan generoso como tú. Muchas gracias, compadre. ¡Adiós!